

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»¹. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista². No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuidos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratitud de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

¹ *Essais*, lib. 1, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.
² Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados, por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»¹. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor². Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

¹ H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.
² Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

zado ese buen empleo de las fuerzas, sobre todo de las fuerzas humanas. Verdad es que la muerte violenta no es ya la regla como en otro tiempo; sin embargo, la inmensa mayoría de las defunciones llegan antes del plazo normal. Las enfermedades, los accidentes, averías y mermas de toda clase, complicadas lo más frecuentemente con tratamientos médicos aplicados en falso ó por casualidad, agravados principalmente con la miseria, la falta de cuidados indispensables, la carencia de esperanza y de alegría, determinan la decrepitud mucho antes de la edad normal de la vejez. Un fisiólogo eminente¹ ha escrito un hermoso libro cuya tesis principal es que precisamente los viejos mueren casi todos antes de tiempo, en pleno horror á la muerte, que debería, sin embargo, presentarse como el sueño, si viniera en el momento en que el hombre, dichoso por haber realizado una bella carrera de actividad y de amor, sintiera la necesidad de reposo.

Esa falta de economía en el empleo de fuerzas se manifiesta sobre todo en los grandes cambios, revoluciones violentas ó aplicaciones de nuevos procedimientos. Se desechan como inservibles los viejos aparatos, los hombres habituados al trabajo antiguo. No obstante, el ideal es saber utilizarlo todo, emplear los desperdicios, los residuos, las escorias, porque todo es útil en manos del que sabe obrar. El hecho general es que toda modificación, por importante que sea, se verifica por la agregación al progreso de retrocesos correspondientes. Un nuevo organismo se establece á expensas del antiguo. Hasta cuando las vicisitudes del conflicto no han estado seguidas de destrucciones y de ruinas propiamente dichas, no por eso dejan de ser causa de pérdidas locales; la prosperidad de los unos causa la desgracia de los otros, justificando así la antigua alegoría que representa la Fortuna como una rueda que levanta á unos y atropella á otros. Un mismo hecho puede ser citado de diverso modo, del lado derecho como un gran progreso moral, del lado izquierdo como un indicio de descomposición. De tal gran acontecimiento capital, la abolición de la esclavitud, por ejemplo, pueden sobrevenir, á consecuencia de mil golpes y recha-

¹ Elie Metchnikoff.

zos de la vida, mil resultados desastrosos que contrasten con la totalidad de los favorables y afortunados. El esclavo, y lo mismo puede decirse en general, el hombre cuya vida ha sido regulada desde su infancia y que no ha aprendido á establecer claramente la comparación entre dos estados sucesivos muy distintos de su

medio, se acostumbra fácilmente á la rutina inmutable de la existencia, por vulgar que sea: puede vivir sin quejarse, como la piedra ó como la planta que inverna bajo la nieve. Por efecto de ese hábito en que el pensamiento se ha dormido, suele suceder que el hombre libertado repentinamente de alguna servidumbre no sabe acomodarse á la situación nueva: no habiendo aprendido á servirse de su voluntad, mira como el buey al



MALAYO RECOGIENDO VINO DE PALMERA

(Véase página 541)

aguijón que le impulsaba al trabajo; espera el pan que antes se le arrojaba y que se había acostumbrado á recoger en el fango. Las cualidades de la esclavitud: obediencia, resignación — si es que se les pueda llamar cualidades —, no son las mismas que las del hombre libre: iniciativa, valor indomable, perseverancia; el que conserva aunque vagamente las primeras y llega hasta echar de menos la antigua vida regulada por el palo ó el látigo, no será jamás un héroe digno de su destino.

Además, el hombre que se ha acomodado á las condiciones de una vida nueva, perfectamente independiente y siendo actor él mismo con plena responsabilidad de su conducta, este hombre corre el riesgo de sufrir más de lo posible cuando se encuentra influido por

alguna supervivencia de la antigua esclavitud, el estado militar, por ejemplo. Entonces la existencia se le hace insoportable y el suicidio le parece un refugio. De ese modo, en nuestra incoherente sociedad, donde luchan dos principios opuestos, se puede desear la muerte, tanto por ser demasiado penosa la conquista de la vida, como porque la libertad tenga tantas alegrías que no sea posible entregarse á ellas. ¿No es contradictorio que, por reacción á una mayor intensidad de vida, se produzca un aumento prodigioso en los accesos de desesperación? El número de los suicidios no cesa de aumentar en los tiempos actuales en la sociedad contemporánea y en todos los países que se llaman civilizados. Antes ese género de muerte era muy raro en todas partes y completamente desconocido en ciertos pueblos, entre los Griegos, por ejemplo, donde, no obstante, la pobreza, la sobriedad y el rudo trabajo era la regla general. Pero el gran torbellino de que son focos motores las grandes ciudades, ha producido un movimiento correspondiente de pasiones, de sentimientos, de impresiones diversas, de ambiciones y de locuras en nuestras «Babilonias» modernas: la vida más activa, más apasionada, de rechazo se ha complicado con crisis frecuentes y á veces el término llega bruscamente por la muerte voluntaria.

He ahí el lado dolorosísimo de nuestra tan elevada semicivilización, puesto que no aprovecha para todos. Aunque la existencia media de los hombres fuese en nuestros días, no sólo más activa, más viva, sino hasta más dichosa que lo que era en otro tiempo, cuando la humanidad, dividida en innumerables tribus, no había adquirido aún conciencia de sí misma en su conjunto, no es menos cierto que la desviación moral entre el género de vida de los privilegiados y el de los parias se ha hecho mayor. El desgraciado lo es más hoy; á su miseria se agregan la envidia y el odio, agravando los sufrimientos físicos y las abstinencias forzadas. En un clan de primitivos, el famélico, el enfermo, sólo soportan su pena material; en nuestros pueblos cultos, tienen además que sostener el peso de la humillación y hasta de la execración pública; se hallan en condiciones de albergue y de vestido que les hacen repugnantes á la vista. ¿No hay en cada gran ciudad barrios que esquivan cuidadosamente los viajeros, para evitar los olores nauseabundos que

exhalan? Aparte de los Esquimales en su *igloo* de invierno, ninguna tribu salvaje habita semejantes tugurios: Glasgow, Dundee, Ruán, Lille y tantas otras ciudades industriales tienen cuevas de paredes viscosas, donde seres de apariencia humana se arrastran penosamente por cierto tiempo en un estado semejante á la vida. Los Hindus bárbaros, que viven en los bosques del centro de la Península, vestidos de algunos harapos de color, ofrecen un espectáculo relativamente alegre en comparación de muchos míseros proletarios de la lujosa Europa, sombríos, tristes, lúgubres con sus rotas y sucias vestiduras. Lo que más admira al espectador que no teme asistir á la salida de los talleres y hace abstracción del aspecto de miseria, es la falta absoluta de personalidad. Todos aquellos seres que corren hacia una comida insuficiente, tienen el mismo rostro ajado desde la juventud, la misma mirada vaga, adormecida; tan imposible es individualizarlos claramente como á los carneros de un rebaño; no son hombres, sino brazos, «manos», como les llama justamente la lengua inglesa.

Ese contraste horrible, el azote más grave de la sociedad contemporánea, es de aquellos que el método científico, en la repartición de los bienes de la tierra, corregiría rápidamente, puesto que los recursos necesarios á todos los hombres, no nos cansaremos de repetirlo, están en sobreabundancia. Admirablemente servida por sus progresos en el conocimiento del espacio, del tiempo, de la naturaleza íntima de las cosas y del hombre mismo, ¿está la humanidad en el día lo suficientemente avanzada para abordar el problema capital de su existencia, la realización de su ideal colectivo, no solamente en las «clases directoras», una casta ó un conjunto de castas, sino en todos aquellos á quienes la religión calificaba de «hermanos creados á imagen de Dios»? Indudablemente sí; la cuestión material del pan dejará de ser tal cuestión el día en que los hambrientos se concierten para reclamar lo que les es debido.

Así también se resolverá la de la instrucción, puesto que está admitida en principio, y la ambición de saber es general, aunque sólo sea en la forma de curiosidad. Pero un progreso jamás viene solo; se completa, repercute en otros progresos en el conjunto de la evolución social. En cuanto el sentido de la justicia sea satis-

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantizar á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos¹, pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohíban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya². Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

¹ Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.

² Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.